

El contrato

JAVIER ZARZALEJOS

Cada vez que el nacionalismo 'institucional' se ha lanzado a las aguas del soberanismo, al final ha pasado más aprietos que los que quería provocar en los destinatarios de su desafío

Amortizado aquello del 'nuevo estatuto político' que acuñó Juan José Ibarretxe para rotular su plan, el Partido Nacionalista Vasco se dispone a seguir en su bucle soberanista proponiendo ahora «un nuevo contrato de convivencia» con España que ampare el llamado 'derecho a decidir', es decir la autodeterminación.

En la detallada información que ha ofrecido este periódico, destaca una entrevista con el presidente del PNV, Iñigo Urkullu, con algunas reflexiones verdaderamente destacables. Para empezar, de esas manifestaciones resulta que el pretendido 'nuevo contrato' no es tan nuevo ya que, según el propio Urkullu, «con el documento que hemos elaborado no hacemos otra cosa que ratificar nuestro objetivo fundacional y nuestra trayectoria de 116 años». Bueno es saberlo.

También merece un subrayado ese mantra que recitan al unísono los nacionalistas vascos y catalanes justificando sus nuevos envites independentistas en que 'España es un lastre'. Tan solidaria afirmación, sin embargo, no explica qué responsabilidad tienen los nacionalistas en el estado de cosas al que se ha llegado. Porque alguna responsabilidad habrán de compartir con los socialistas aquellos que, como el PNV, han prestado un apoyo férreo al Gobierno de Zapatero en todos y cada uno de sus siete años y medio de gestión. Zapatero –bien lo sabe él– no se explica sin el apoyo nacionalista en su periodo de más larga y poderosa influencia sobre el Gobierno central. Urkullu ni se molesta. Le basta con evocar el mito de una edad de oro de la que los vascos siempre son privados por la contaminación española.

Pero lo más llamativo de las declaraciones del presidente del PNV aparece cuando responde a la pregunta de en qué se diferencia el fondo de su propuesta de la iniciativa que en su día abanderó Ibarretxe. Urkullu es concluyente: «Hay una clara diferencia respecto a 2004. Insisto en que el Estatuto de Gernika está cuasi completado, para los que entonces lo esgrimían como punto de encuentro».

Es decir, que hace siete años Ibarretxe justificaba su plan soberanista como la única salida posible ante el incumplimiento crónico del Estatuto del que culpaba «al Estado» y ahora Urkullu sostiene que hay que ir a la autodeterminación precisamente porque el Estatuto se ha cumplido.

El argumento es notable. Aunque más que un giro podría significar la forma en que el nacionalismo cierra sobre sí el círculo con el que quiere quedar al margen de toda referencia constitucional. Como negar la evidencia del autogobierno es excesivo hasta para los más devotos, el argumento se hace cristalino: no reclamamos la autodeterminación porque el Estatuto se haya incumplido sino precisamente porque está completado. El razonamiento es más descarnado pero más clarifi-

cador y pone a todos, nacionalistas y no nacionalistas, ante un problema sin instrumentos para abordarlo o, cuando menos, para mantenerlo dentro de unas dimensiones manejables.

Si el Estatuto no sirve porque está cumplido y si la Constitución ha dejado de ser punto de encuentro, como acaba de afirmar Artur Mas en la celebración de la Diada, ¿adónde vamos a partir de ahí? ¿Cuál es el siguiente paso hacia ese objetivo de 116 años al que se refiere Urkullu? ¿Cuál es el destino de esa 'transición nacional' que según Mas ha empezado Cataluña?

A diferencia de lo que muchos puedan pensar, no creo que se trate de un simple juego de farol. El nacionalismo sabe ahora que hay límites, que el futuro que viene es el de una nueva gobernanza económica y financiera europea que, guste o no, producirá un reajuste en la estructura del Estado del que la reciente reforma constitucional para restringir el gasto público puede ser sólo la primera muestra y que si bien la soberanía estatal puede quedar más disminuida aún, la diferencia entre soberanía y autonomía sigue siendo cualitativa y no simplemente de grado.

De ahí que ese continuo remozado del soberanismo adquiera en las circunstancias actuales tonos distintos, no sé si más preocupantes pero tal vez más agónicos para la percepción nacionalista del momento histórico que cree vivir.

Bien es verdad que cada vez que el nacionalismo

digamos 'institucional' se ha lanzado a estas aguas, al final ha pasado más aprietos que los que quería provocar en los destinatarios de su desafío. Este riesgo puede muy bien volver a lastrar las expectativas del PNV de asentar su resquebrajada hegemonía dentro de la familia nacionalista. Es dudoso que un PNV prescindible en Navarra, arrollado en Guipúzcoa, desplazado en Álava y relegado en Vizcaya pueda ser el beneficiario de esta nueva operación de

'socialización del soberanismo'. Si además de un problema de presencia territorial, nos aventuramos a detectar un problema de continuidad generacional en el electorado del PNV, los réditos de la operación puede que los cobren los que dentro del nacionalismo no tienen motivos más que para reafirmarse en su objetivo de acabar con la primacía jeltkide.

Sería este un nuevo desenlace paradójico para la dirección del PNV. Ha querido evitar una mayoría absoluta del Partido Popular apoyando a Zapatero contra viento y marea y con ello no ha hecho más que dejar en evidencia la descomposición gubernamental facilitando que el PP pueda alcanzar su objetivo el próximo 20N. Quiere conjurar la amenaza de Bildu, como siempre apelando a la autenticidad de los orígenes, y puede terminar de sentar las condiciones para que el soberanismo que predica encuentre en Bildu intérpretes y ejecutores a los que apoye la mayoría de los nacionalistas.



:: JESÚS FERRERO